

Amigos todos:

Algunos de vosotros me habéis pedido que trate el tema de la eutanasia, que el Gobierno español actual pretende legislar en los próximos años. Intentaré ceñirme a lo fundamental, pues el tema es bastante complejo.

Vaya por delante que me estoy dirigiendo a cristianos que ponen su fe y esperanza en Cristo, el cual con su vida, muerte y resurrección ha dado un nuevo significado a la existencia y sobre todo a la muerte, según las palabras de San Pablo: “si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, morimos para el Señor. En fin, sea que vivamos, sea que muramos, del Señor somos (Rom 14, 8; Fil 1,20).

Etimológicamente la palabra eutanasia significaba en la antigüedad una “muerte dulce”, sin los sufrimientos atroces de la agonía. Hoy se le llama “muerte digna”, expresión que frecuentemente es entendida como “causar la muerte por piedad”, con el fin de eliminar con la intervención de la medicina la prolongación de una vida desdichada que podría imponer cargas demasiado pesadas a las familias o a la sociedad.

Ahora bien, nada ni nadie pueden autorizar a otro a morir. Nadie puede pedir este gesto homicida para sí mismo o para otros confiados a su responsabilidad. Ninguna autoridad puede legítimamente imponerlo ni permitirlo, pues sería una violación de la ley divina y una ofensa a la dignidad de la persona humana.

Sin embargo, cada uno tiene el deber de curarse y hacerse curar. ¿Qué hacer, pues, en casos excepcionales? La Iglesia nos responde:

1. A falta de otros remedios, es lícito recurrir, con el consentimiento del enfermo, a los medios de que dispone la medicina más avanzada, aunque tengan riesgos.

2. Es también lícito interrumpir la aplicación de tales medios, cuando los re-

sultados defrauden las esperanzas puestas en ellos, contando siempre con el justo deseo del enfermo y de sus familiares, así como del parecer de los médicos.

3. Es siempre lícito contentarse con los medios normales que la medicina puede ofrecer. No se puede, por lo tanto, imponer a nadie la obligación de recurrir a medios extraordinarios, que todavía no están libres de peligros o son demasiado costosos.

Su rechazo no equivale al suicidio: significa más bien la simple aceptación de la condición humana, o bien una voluntad de no imponer gastos excesivamente pesados a la familia o la colectividad.

4. Ante la inminencia de una muerte inevitable, a pesar de los medios empleados, es lícito en conciencia tomar la decisión de renunciar a unos tratamientos que procurarían únicamente una prolongación penosa de la existencia, sin interrumpir las curas normales debidas al enfermo en casos similares.

La vida es un don de Dios, y la muerte, aunque nos acongoje, también. Es necesario que nosotros sepamos aceptarla con plena conciencia de nuestra responsabilidad y con toda dignidad. La muerte nos abre el camino a la vida inmortal. Por eso, todos los hombres deben prepararse para este acontecimiento a la luz de los valores humanos, y los cristianos más aún, a la luz de la fe.



P. EMILIO PÉREZ, MCCJ
emipecorreas@yahoo.es

EL DIOS DE LA VIDA



La Biblia no trata de manera explícita el tema de la eutanasia. Quizá el pasaje más claro es el de 2 Samuel 1,1-16:

Saúl malherido, sabiendo que no podría sobrevivir, pide a un amahecita que lo mate, el cual así lo hace. David ordena ejecutar al amahecita por haber matado al “ungido de Yahvé”.

La Biblia no tiene respuestas estereotipadas para todos los problemas humanos, sino que nos invita a encontrarlas por nosotros mismos bajo el criterio de hacerlo todo “para el Señor”.



La vida es imagen de la de Dios y sólo Dios puede quitarla:

“El que derramare sangre de hombre, por otro hombre su sangre será derramada; porque a imagen de Dios hizo Él al hombre”. (Génesis 9,6)



Dios dueño y señor de la vida y de la muerte:

“¡Mira que yo soy el único! No hay otro Dios fuera de mí. Yo doy la muerte y devuelvo la vida, hiero y sano yo mismo. Nadie puede librarse de mi mano”. (Deuteronomio 32:39)



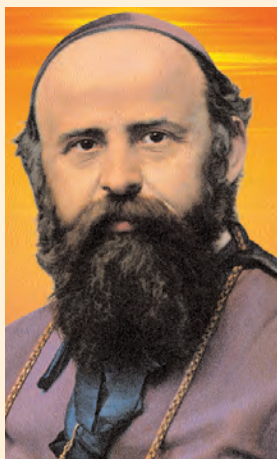
El cristiano, solidario con el que sufre:

“Llorad con los que lloran (Romanos 12,15) ... que oren por él... Y la oración de la fe salvará al enfermo” (Santiago 5,14)

INTENCIONES MISIONALES

NOVIEMBRE: Para que las comunidades cristianas de Asia sepan encontrar las vías más convenientes para anunciar a Cristo a las poblaciones de aquel vasto continente.

DICIEMBRE: Para que los cristianos, especialmente en los países de misión, por medio de gestos concretos de fraternidad, muestren que el Niño nacido en Belén es la esperanza del mundo.



San Daniel Comboni, fundador de las misioneras y de los misioneros combonianos.

ESTAR PREPARADOS

Toda la vida de Comboni aparece profundamente marcada con la Cruz, nota predominante de su espiritualidad misionera y símbolo de sufrimiento y de muerte.

■ De los 22 misioneros de la misión de Jartum, que sólo tiene diez años de existencia, ya han muerto 16, casi todos ellos en los primeros meses. Estamos siempre preparados para la muerte. *(Escritos 334)*

■ Aquí muere la gente de la noche a la mañana. No hay tiempo para prepararse a morir, así que siempre hay que estar preparado *(Escritos 434)*.

Su primer contacto con África se clausura con un regreso triste después de mil sufrimientos físicos; a duras penas salvó su vida, pero sigue disponible a la voluntad de Dios.

■ Ahora me encuentro sumamente débil, lleno de dolores, con angustias muy penosas y, en fin, con todos los síntomas de una muerte cercana. Sea bendito el Señor por siempre... Que Él disponga como más le plazca. Estoy en sus manos, por tanto, bien seguro. *(Escritos 456)*

Comboni siente como suyos los sufrimientos ajenos, los cuales son una garantía de que todo es obra de Dios para el bien de África.

■ Casi toda mi actividad actual está consagrada a soportar la terrible tribulación que se abate desde hace más de seis meses sobre el Vicariato y a remediar sus consecuencias, es decir, el hambre, la sed y la carestía de todo... Las obras de Dios tienen que nacer y crecer al pie del Calvario. La tribulación presente es otra prueba de que la obra de la salvación de África es obra de Dios. *(Escritos 5185)*

Hacerse mayor es también para él una dificultad más. Basta continuar confiando en la Providencia.

■ El 15 del corriente cumplí 50 años. Dios mío, nos hacemos viejos y las penas y cruces se me aumentan. Pero como todas ellas las envía Dios, espero en su divina ayuda. *(Escritos 6585)*

Seis días antes de su muerte Comboni escribe:

■ ¡Qué venga todo lo que Dios quiera! Dios no abandona nunca al que confía en Él. *(Escritos 7246)*

P. LAUREANO DESDE MÉXICO

Queridos amigos:



Con mucha alegría les escribo esta carta para que tengan mis noticias, tal y como les dije al despedirme de todos Uds. En mi última carta de despedida no sabía adónde me enviarían los superiores, pensaba que podría regresar a la R. D. de Congo, donde estuve durante diez años, sin embargo me enviaron al noviciado de México.



Aquí estoy, pues, acompañando a los jóvenes novicios, que desean ser misioneros. Son 11, procedentes de México, Perú, Chile, Costa Rica, Guatemala, Ecuador y Brasil. Todo un mosaico de culturas, pero con una lengua común que facilita las cosas.

Me entristeció no poder regresar a África, donde está una buena parte de mi corazón, pero comprendí que este cambio era voluntad de Dios y así lo acepté con disponibilidad para servir a mi Instituto, a la Iglesia y a la misión. Hace un mes escaso que estoy en este hermoso país. Hemos iniciado nuestro caminar en el noviciado y con el pasar de los días veo confirmado que el Señor me ha querido aquí.



No piensen ni por un momento que me haya olvidado de Uds. Siempre están en mi pensamiento y en mi oración, mis queridos amigos misioneros de la tercera edad. Cuando escribo esta carta faltan unos días para entrar en octubre, el mes misionero. Aquí tenemos mucho trabajo por las parroquias y junto con los novicios hacemos animación misionera.

No se olviden de rezar por los misioneros y las misiones. Recen también por todos los jóvenes que están en nuestras casas de formación, para que sean fieles a la llamada del Señor y lleguen a ser buenos mensajeros del Evangelio.



Continuamos unidos en la oración y en el ideal misionero. Que el Señor les bendiga a todos. Reciban un abrazo afectuoso.



P. Laureano Rojo, mccc